

Carta de México

# Viaje al Uruguay y Cumbre de Guadalajara

**S**iempre quise conocer el Uruguay. Por un motivo u otro, ese país ha estado relacionado con mi persona. De niño, mi abuela Concha Méndez me contaba el viaje que hizo a Montevideo en la década de los veinte, vestida a la moda del charleston, con sombrero, collar de perlas y boquilla en la mano. Me decía: «Es un París pequeño habitado por gente cultísima y sofisticada». En aquella visita conoció a Horacio Quiroga y nadó en la entonces desierta playa de Pocitos. También mi abuelo Manolo Altolaguirre tuvo vínculos con uruguayos desde sus inicios literarios. Cuando todavía no cumplía veinte años escribió un artículo sobre Torres García, y en sus memorias cuenta un viaje que hizo en 1930 al castillo de Francisco I, en la isla de Port Cros, cerca de Niza, con el poeta Jules Supervielle, quien al referirse a él escribiría en algún sitio: «Dans ta poésie je retrouve toute l'Espagne à l'ombre et au soleil d'un grand poète».

En mi adolescencia el Uruguay se convirtió en el mito de la democracia y la cultura en tierras iberoamericanas. Eso era lo que se decía en el colegio y eso era lo que decían mis mayores. Y era cierto. Según las estadísticas era el país de Iberoamérica en que los ciudadanos

tenían el nivel más alto de vida. Las lecturas que hice en aquellos años de Lautréamont, Quiroga, Herrera y Reissig y el mismo Supervielle contribuyeron a acentuar aún más el carácter mitológico de la Suiza americana. El Uruguay en aquel momento se convirtió en un espacio literario, en un país imaginario, amenazado entre otras cosas, aunque yo no lo supiera en aquel entonces, por el patrimonialismo del Estado, por leyes laboristas creadas en el imperio británico para los ideales del *welfare State*, además por los guerrilleros tupamaros que se habían aburrido del modelo democrático, y por el golpe de estado. Cuando empecé a escribir, el Uruguay volvió a aparecer en mi vida a través del crítico Emir Rodríguez Monegal, quien fue profesor y amigo mío durante muchos años. A él debo parte de mi formación literaria.

Por fin el mes pasado puede conocer el Uruguay gracias a la invitación que me hizo el *Centro Internacional de Salto* para participar en un congreso sobre el poeta brasileño Haroldo de Campos. Viajar al Río de la Plata para un mexicano es viajar a una Europa inventada en un cuento escrito al alimón por Bioy Casares y Jorge Luis Borges. Para quien viene de Mesoamérica, donde la presencia del mundo precolombino y del virreinato es tan fuerte, el Uruguay y la Argentina son siempre una sorpresa. Lo primero que llama la atención es la homogeneidad racial de sus pobladores. A diferencia de los otros países americanos —incluyendo Estados Unidos y Canadá—, donde la pluralidad de etnias y religiones es evidente, en el Río de la Plata la población es en su mayoría de origen europeo. Otra cosa que sorprende es lo uniforme que es el tiempo en esa región. Tanto el Uruguay como la Argentina parecen vivir un tiempo histórico único, armónico y fechable. Esta característica los diferencia de otros países americanos. Por ejemplo en los Estados Unidos, México o Brasil se puede observar la convivencia de distintos tiempos históricos. En esos tres países, en mayor o menor grado, el cercano siglo XXI coexiste con realidades premodernas y en algunos casos prehistóricas. En zonas de Estados Unidos conviven comunidades que han rechazado el empleo de la electricidad y de las máquinas —tales como los granjeros de Pensilvania—, sectores computarizados, comunidades zapotecas emigradas, banqueros, científicos, haitianos que celebran ritos africanos, astronautas que llegaron a la luna. Lo mismo se puede decir de México o São Paulo.

En una esquina de la Ciudad de México se puede observar simultáneamente a un señor que desde su coche invierte por teléfono en las bolsas de Nueva York o Tokio, y a un grupo de indígenas nómadas que vende dulces, globos o paraguas. No se trata sólo de diferencias económicas o sociales. Se trata de un choque de tiempos históricos, de mentalidades, de concepciones del universo, de creencias, de cosmovisiones. Desde luego, en toda sociedad ideal existe un equilibrio; sin embargo, el choque de culturas y tiempos históricos dinamiza y vitaliza económica, cultural y espiritualmente a toda nación o mercado. El auge que tuvo el Río de la Plata en las últimas décadas del siglo pasado y en las primeras de éste, se debe entre otras cosas al encuentro de culturas y tiempos históricos producido por las diferentes olas de emigrantes. Lo mismo se puede decir de Estados Unidos. Si ese país ha mantenido un crecimiento constante durante un siglo y medio, se ha debido a su carácter de apertura económica, cultural y migratoria. Una de las características de la modernidad es su capacidad de simultaneísmo con todas las eras históricas.

Muy lejos está la nación norteamericana de la composición étnica que tenía en el siglo XVIII. Si en ese momento Estados Unidos era un país blanco, anglosajón y protestante, gobernado por hombres, hoy en día es una sociedad multirracial y bilingüe en donde hay espacio y respeto tanto para las mayorías como para las minorías, ya sean éstas étnicas o sexuales. Si en un principio los norteamericanos encontraron su identidad en características raciales, religiosas y culturales, en el presente encuentran otra identidad en los ideales de la democracia.

La creación del Mercosur va a alterar enormemente a los países que lo conforman. Por una parte, este fenómeno los va a llevar a su origen. Me refiero al impulso que los creó como naciones, a su vocación de sociedades abiertas, en donde el tránsito de capitales y ciudadanos se dio en un principio de una manera libre. Como consecuencia de esto, tanto la unidad étnica como la temporal que los caracteriza será modificada. Con la llegada de capitales llegarán del norte bahianos macumberos, indios paraguayos, agricultores nipo-brasileños y con ellos nuevas mentalidades, nuevas cosmovisiones, nuevos tiempos históricos. Desde luego, para que este proyecto sea viable, esos países tendrán que hacer una serie de reformas económicas y jurídicas, tal como las ha emprendi-

do México en los últimos años. El Río de la Plata se va a deshomogeneizar si este proyecto multinacional se cumple.

Una de las tardes que caminé por las calles de Montevideo imaginé a esa ciudad, con su río, sus castaños, sus casas afrancesadas, como la capital política del subcontinente, como lo es Bruselas del Mercado Común Europeo en este momento. Por un instante pensé que la crisis del país se debe en gran medida a la pérdida de un proyecto. Con los cambios que se han dado en todas partes del planeta —el mercomún europeo, el tratado de libre comercio de Norteamérica, etc.— y con las negociaciones que los futuros integrantes del Mercosur están teniendo, el Uruguay como país vuelve a encontrar un proyecto dentro de una sociedad de naciones.

## II

Bajo el signo de la nueva era que empieza, el *Centro Cultural Internacional de Salto* fue fundado con el propósito de crear un espacio alternativo al que suele darse en las universidades y los organismos estatales. Situado a más de cuatrocientos kilómetros de Montevideo, en la orilla oriental del río Uruguay, justo en la frontera con la Argentina y cercano al Brasil, este Centro ha tenido como propósito desde su fundación en 1989, recuperar la vocación cosmopolita característica del Río de la Plata, destruida en gran medida por las ideologías y sus inquisidores.

La inauguración del Centro, según me contó la crítica uruguaya Lisa Block de Behar, se hizo coincidir con la celebración de los 50 años del cuento «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», el cual fue escrito por Borges en la ciudad de Salto en 1940. Dado que al principio del mismo el narrador atribuye a Adolfo Bioy Casares una cita enciclopédica a partir de la cual se crea la ficción, el primer congreso estuvo dedicado a este último. Entre las anécdotas que se contaron sobre aquel congreso, figura el hecho de que al llegar Bioy Casares a un lugar llamado *Las nubes*, residencia de Enrique Amorim —amigo suyo por muchos años—, el escritor argentino se quedó sorprendido al encontrar una estatua adosada a una fuente, idéntica a una que él tiene en su casa sobre la repisa de la chimenea, frente a un espejo. Desde luego la coin-

cidencia se debe al hecho de que Enrique Amorim, en los años cuarenta, había comprado en el corralón de Buenos Aires el par de estatuas, regalándole una a Silvina Ocampo y quedándose él con la otra. Durante años comentó Lisa Block de Behar «ambas estatuas se escribían cartas que Silvina y Enrique entrecruzaban en nombre de sus gemelas. Reflejadas en el agua o en el espejo, cada una de las esculturas, también por la escritura reflejada, reclamaba la mitad ausente». Con la presencia de Bioy en Salto «se produjo el encuentro entre la ficción y la biografía, el recuerdo y el registro, la amistad y el reconocimiento, entre las dos mitades que anhelaron, como en el mito del andrógino, reencontrarse.

En su segundo año el Centro Internacional de Salto organizó un homenaje al poeta y teórico brasileño Haroldo de Campos, padre del movimiento de la poesía concreta y traductor de Goethe, Dante, Joyce, Mallarmé, Maiakowski y Paz, entre otros. Con este evento, el borde oriental del Río de la Plata abrió sus fronteras hacia tierra adentro, hacia la literatura y cultura brasileñas. Este encuentro, organizado también por Lisa Block de Behar e Isidra Solari, reunió a un número importante de profesores, críticos y poetas de México, Portugal, Alemania, Uruguay y Brasil. Entre los participantes habría que mencionar al filósofo Benedito Nunes; al traductor del ruso al portugués, Boris Schnaiderman, a los poetas brasileños Horacio Costa y Nelson Asher, y al poeta uruguayo Carlos Pelegrino. En las distintas mesas de trabajo se presentaron distintos aspectos de la obra haroldiana. Además estuvieron siempre presentes la memoria y la obra de Emir Rodríguez Monegal, quien desde los años cuarenta se ocupó de las relaciones literarias entre los distintos países latinoamericanos.

### III

De vuelta a México seguí por televisión y por la prensa el encuentro de los presidentes y jefes de estado que se reunieron en la cumbre de Guadalajara. Si en los últimos años algunos de los países que algún día integraron la unidad ibérica, han empezado a formar parte de mercados comunes y bloques económicos, como han sido los casos de Portugal y España en relación a la Comunidad Europea, o el de México en relación con el Tratado

de Libre Comercio con Norteamérica, todavía los países iberoamericanos comparten una serie de características culturales comunes que hicieron que esta reunión tuviera un sentido. Como bien señaló el poeta Octavio Paz en un artículo publicado con ese motivo, la cumbre de Guadalajara no contradice en lo absoluto los caminos que están siguiendo México, España o Portugal al integrarse económicamente en otros bloques. La relación de estos tres países con sus homólogos culturales debe ser tan estrecha como la relación que tengan con sus socios económicos. Posiblemente este doble vínculo, con el pasado por una parte y con el futuro por la otra, ayude junto con el esfuerzo que hagan los países anglosajones y los francófonos de crear una comunidad de países occidentales, basada en principios democráticos y cooperación mutua.

Lo que sorprendió en México a muchos amantes de la libertad y de la democracia fue el hecho de que se invitara —a estas alturas— al dictador Fidel Castro. Pareciera que cuando los simpatizantes del totalitarismo han desaparecido en gran parte del orbe, en el universo ibérico sobreviven. ¿Por qué no hacer una cumbre para tratar ese problema, para preguntarnos por qué la historia ha sido generosa con nosotros en dictadores? ¿Por qué nuestros conciudadanos se sienten atraídos por gobiernos que se instauran y mantienen en el poder por la fuerza? ¿Por qué no hacer una cumbre en donde se creen estructuras que garanticen el respeto a los derechos humanos e impidan el acceso al poder a gobiernos no democráticos? Posiblemente la intención de algunos jefes de estado tuvo ese sentido. Posiblemente algunos de los participantes intentaron persuadir a Fidel Castro de que se marchara de la isla o que la democratizara.

Si bien uno de los logros que se han dado en los países iberoamericanos han sido los procesos de democratización, a pesar de las dificultades que han creado la guerrilla, llámese esta ETA o Sendero Luminoso, o las fuerzas armadas de algunos países, también es responsabilidad de esos gobiernos por la propia experiencia que han tenido de impedir a través de presiones las irregularidades que se den dentro de esta comunidad. Si bien coincido plenamente en la crítica que hizo, por ejemplo, Felipe González a los movimientos guerrilleros, no creo que el problema de Cuba, en este momento, se deba al bloqueo impuesto por los Estados Unidos. De todas las